

● NOÉ MENÉNDEZ

Tras una vida dedicada al estudio y a la investigación, Rosa Menéndez disfruta ahora de la jubilosa jubilación. A principios de febrero, tras cumplir 70 años, decidió «pasar a la reserva». Ahora presume del cuidado de las plantas que atesora en su piso en Oviedo y en su casa de Corollos, en Cudillero. Aprovecha para pasar tiempo con su familia y se prepara para afrontar una nueva ilusión: el nacimiento de su primer nieto. Menéndez fue pionera de su tiempo y, gracias a su esfuerzo y dedicación, consiguió ser la primera mujer en presidir el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el principal órgano científico a nivel nacional. Pese a que durante años estuvo en la cúspide de su campo profesional, permanece en ella la amabilidad y la cercanía de alguien que procede del mundo rural. Se sienta a charlar con LA NUEVA ESPAÑA en una terraza de Oviedo para, aprovechando los rayos del sol de una incipiente tarde de marzo, hacer un repaso de su vida.

La infancia. «Nací un 12 de febrero de 1956 en Corollos, una aldea de Cudillero. Está al lado de la playa de la Concha de Artedo. Según mi madre, era un año que cayó una nevada tremenda. Siempre dice que enfriaba los biberones metiéndolos entre nieve. Crecí en un ambiente muy rural, de campo y libertad. Vivíamos con mis abuelos, José y Aurora. Fue algo muy enriquecedor. Me acuerdo mucho de las conversaciones con mi abuelo, que me decía que si había hormigas nalonas o agujeros en el suelo era que el tiempo iba a cambiar. Empecé a estudiar en una escuela rural con niños mayores que yo. Aprendí pronto a leer y a escribir. Con diez años ingresé como interna en el colegio de monjas de Los Cabos, al lado de Pravia. Era un colegio muy grande, yo tenía el número 24,9. Mi madre se pasó días bordando ese número en toda mi ropa. Mi padre siempre me lo dijo claro: «Rosa, tienes dos opciones, o estudiar o cuidar las vacas». De aquella, que no había coches, la única manera de estudiar era quedarme interna. Las vacas me gustaban, para verlas y acariciarlas, como si fuese un juego».

Sus primeros pasos en el colegio. «En el internado estuve siete años. Tuve una monja, sor Pilar Pastor, que me enseñó muchísimo. Con ella aprendí a redactar, a escribir sin faltas, me enseñó geografía e historia... Era una mujer muy culta. En el colegio estuve los cuatro años del bachiller elemental y otros dos más del bachiller superior. En el bachiller opté por las ciencias, aunque en principio quería estudiar letras. Me prometieron que podría hacer el doble bachillerato, que haciendo ciencias podría estudiar también latín y griego. De hecho, me pasé un verano estudiando latín, me gustaba mucho. Al final la cosa se quedó en que solo hice ciencias. Tuve un profesor, don Santiago Álvarez, que era excelente, tanto en

ROSA MENÉNDEZ

Científica, primera mujer en presidir el Consejo Superior de Investigaciones Científicas

«Mi padre me lo dijo claro: o estudiar o cuidar las vacas; la vacas me gustaban, pero para verlas y acariciarlas»

«Mis dos años en Inglaterra fueron muy enriquecedores tanto a nivel personal como profesional; supusieron un antes y un después»

matemáticas como en física y química. En ese aspecto tuve mucha suerte, la mayoría de personas que me dieron clase eran recién licenciados y tenían muchas ganas de trabajar. Además, el internado era tan aburrido que, para entretenerme, estudiaba como una bruta».

El salto a Oviedo. «Al acabar el bachiller superior me vine a Oviedo, al Instituto Femenino, el Aramo, a hacer el Curso de Orientación Universitaria. En mi familia había cierto miedo, por-

que pasaba de estar en el internado, donde todo estaba muy tutelado, a dar el paso al instituto. Tengo que decir que saqué matrícula de honor de media. En Los Cabos sacaba seis o siete, pero en Oviedo hice pleno. Mi primera idea para estudiar en la Universidad fueron las Matemáticas, me gustaban mucho. Dudé entre Matemáticas o Química, pero en aquel momento Matemáticas no se podía estudiar en Oviedo, así que opté por Química. Mis padres hubiesen hecho el esfuerzo de

mandarme a estudiar fuera, pero hubiese sido más complicado. Lo más fácil era quedarme aquí».

La carrera universitaria. «Acabé la Universidad en 1979. Me especialicé en química orgánica, pero, cuando terminé, lo que más me llamaba era ser profesora. Mi idea era preparar las oposiciones y dar clases en un instituto. Durante mis años como universitaria di muchas clases particulares, para contribuir a la economía familiar. Sin embargo, mi vida tomó otros derroteros cuando a través de una amiga me llegó la posibilidad de hacer la tesina en el Instituto del Carbón, el INCAR. Fui con ella a probar y me acabé enganchando ese mundo. Trabajé en temas de medio ambiente y luego, durante el doctorado, en la caracterización de derivados del carbón, coincidiendo con la crisis energética del petróleo allá por los años setenta. En esa época también hice sustituciones en institutos, para poder pagarme el piso y demás gastos. Estuve en Salinas, en Avilés y en Gijón, en la Universidad Laboral. La enseñanza fue algo que siempre me gustó».

Su experiencia en Newcastle. «Cuando terminé mi tesis doctoral, que la defendí en 1986, fui a hablar con el director del Instituto del Carbón sobre mi futuro. Me dijo que la mejor opción era irme al extranjero, para completar mi formación, cosa no muy habitual en aquellos tiempos. Mi director de tesis, el profesor Jenaro Bermejo, propuso un laboratorio muy reconocido que había en la Universidad de Newcastle upon Tyne y contactó con su jefe, el profesor Harry Marsh. Era la segunda vez en mi vida que cogía un avión y, para más inri, no tenía ni idea de inglés. Sabía francés, pero inglés ni idea. Me acuerdo estar la noche antes de coger el avión estudiándome el cur-



Arriba, Rosa, con 2 años. En el centro, junto a su profesor en Newcastle Harry Marsh. Abajo, en el laboratorio junto a Ángeles Gómez Borrego. | R. M.



Rosa Menéndez, en la plaza del Fresno. | LUISMA MURIAS

so 'Follow Me', para intentar enterarme de algo. Encima, cuando llegué a Londres hubo una tempestad de nieve y no pude coger el avión a Newcastle. Menos mal que había un chico que se iba a Estados Unidos y hablaba inglés, porque tuve que llamar a mi jefe para explicarle que llegaba con un día de retraso. Newcastle fue un sitio donde tuve dos años de gloria. El desembarco fue duro, porque hacía un frío terrible y a las tres de la tarde ya era de noche. Mi tutor era un gran mentor, allí trabajé muchísimo y conocí a mucha gente que, con los años, me vino muy bien. Era un laboratorio donde había científicos y gente de empresas de medio mundo. Cuando volví a Asturias me fue de gran ayuda para montar proyectos europeos coordinados entre distintos países. Durante mi estancia aprendí cómo tratar los productos de derivados del carbón, que tan bien conocía, para obtener materiales de carbono



LA ENSEÑANZA FUE ALGO QUE SIEMPRE ME GUSTÓ, DE JOVEN DI MUCHAS CLASES PARTICULARES PARA CONTRIBUIR A LA ECONOMÍA FAMILIAR

MAÑANA: «Trabajé como una bruta, pero nunca me sentí asfixiada; disfrutaba de lo que hacía»

nero para ver cómo se podía optimizar las mezclas de carbonos. Cómo, por ejemplo, se podían quemar de forma que emitiesen menos contaminantes. Tuvimos mucha financiación, éramos muy competitivos a nivel europeo. Fue una época muy productiva, tanto por la colaboración con la industria como por la generación de conocimiento. Yo llegué a un momento donde dejé esa línea de investigación y siguió Ángeles Gómez Borrego, una compañera geóloga muy potente».

Sus investigaciones sobre los materiales de carbono. «Estudiamos materiales de carbono tipo grafito, obtenidos por tratamiento térmico de productos del carbón y del petróleo. Trabajamos mucho con Industria Química del Nalón, siempre colaboramos mucho con las empresas para que la investigación del laboratorio tuviese una utilidad práctica. Al mismo tiempo, estuve implicada en temas de gestión, como vicedirectora del INCAR con Jesús Pajares y luego, como directora. En el 2008, marché a Madrid como vicespresidenta de investigación del CSIC. Al volver empecé con el tema del grafeno, preparándolo para distintas aplicaciones, como eliminación de contaminantes en procesos industriales o almacenamiento de energía, para tema de baterías. En la última etapa ya nos centramos más en temas de detección, identificación de contaminantes emergentes en el agua y sensores químicos. También colaboramos con el instituto Fernández-Vega, para utilizar derivados del grafeno en temas relacionados con la vista».

El INCAR. «Mis años como vicedirectora y directora del INCAR fueron muy felices. Mantenía mis trabajos en el laboratorio y todo fue muy productivo, mis compañeros del grupo jugaron un papel muy importante dándome su apoyo. Siempre que afrontaba un reto necesitaba sentirme útil. En ese tipo de cargos tienes que trabajar por el bien común, no para tu propio beneficio, y es algo que yo disfruté muchísimo. Económicamente conseguimos mucha financiación, hicimos muchas reformas en el propio centro. Esa época coincidió con que también estaba en la Junta de Gobierno del CSIC, además de gestionar el Programa Nacional de Materiales, y contaba con refuerzo importante a nivel interno del INCAR. Compañeros y un gerente de excepción, Luis Lavandera. Recuerdo la preparación de propuestas de infraestructura de edificios y equipamiento en plazos muy cortos de tiempo, estoy segura de que mis compañeros, Pis, Ana y María Antonia, tampoco lo han olvidado. Tenía muchos contactos y facilidad para moverme, algo que aproveché para solucionar las necesidades que teníamos aquí».

no, como fibras de carbono. Estando allí también hice la oposición a científico titular del CSIC, que la saque en el 87. Mis dos años en Inglaterra fueron enriquecedores tanto a nivel personal como intelectual, supusieron un antes y un después en mi carrera científica».

El regreso a Asturias. «Cuando volví a Asturias empecé llevando el laboratorio de petrografía y arranqué el grupo de materiales compuestos con un primer proyecto del programa nacional de materiales dirigido a la obtención de materiales compuestos, se trataba de convertir las breas obtenidas a partir del carbón en materiales de alto valor añadido. Empecé con un becario y ahora el grupo de investigación, que aún sigue y mantiene el nombre de materiales compuestos, tiene veinte personas. Aparte de investigar en materiales de carbono, en el laboratorio de petrografía también trabajábamos con centrales térmicas y con el sector mi-